



**Franz
Kafka**

**OBRAS
COMPLETAS
III**

**NARRACIONES
Y OTROS
ESCRITOS**

Galaxia Gutenberg
Círculo de Lectores

OBRAS COMPLETAS III

Franz Kafka

**Narraciones
y otros escritos**

Traducciones de Adan Kovacsics,
Joan Parra Contreras y Juan José del Solar
Edición dirigida por Jordi Llovet



Galaxia Gutenberg
Círculo de Lectores

Un artista del hambre

En los últimos años ha remitido mucho el interés por los artistas del hambre. Así como antes era muy rentable organizar por cuenta propia grandes espectáculos de este tipo, hoy en día es totalmente imposible. Eran otros tiempos. Por entonces toda la ciudad se entretenía con el artista del hambre; el interés aumentaba con cada día de ayuno; todos querían ver al artista como mínimo una vez al día; al final hubo incluso abonados que se pasaban días enteros sentados frente a la pequeña jaula; también se organizaban visitas nocturnas con luz de antorchas, para aumentar el efecto; cuando hacía buen tiempo sacaban la jaula al aire libre y el artista del hambre era mostrado sobre todo a los niños; mientras que para los adultos no solía ser más que una diversión en la que participaban porque estaba de moda, los niños miraban asombrados, con la boca abierta y cogidos de la mano por precaución, cómo ese hombre pálido, envuelto en una malla negra por la cual asomaban sus prominentes costillas, desdénando incluso una silla, permanecía sentado entre la paja dispersa por el suelo y, asintiendo cortésmente con la cabeza o esbozando una sonrisa forzada, respondía a las preguntas o sacaba el brazo por entre los barrotes para dejar palpar su delgadez; luego volvía a ensimismarse y no se preocupaba por nadie, ni siquiera por las campanadas del reloj —tan importantes para él—, que era el único mueble dentro de la jaula, sino que se quedaba mirando al vacío con los ojos casi cerrados y de vez en cuando sorbía unas gotas de agua de un vasito minúsculo para humedecerse los labios.

Además de los espectadores que se renovaban, también había guardianes fijos elegidos por el público, en general carniceros, curiosamente, que de tres en tres tenían la misión de observar día y noche al artista del hambre para que no ingiriera alimentos por alguna vía secreta. Pero esto era

una simple formalidad, adoptada para tranquilizar a las masas, pues los iniciados sabían muy bien que, durante el período de ayuno, el artista del hambre jamás, en ninguna circunstancia, ni siquiera bajo coacción, hubiera comido nada, por mínimo que fuese; el honor de su arte se lo prohibía. Claro que no todos los guardianes podían comprender eso, a veces se formaban grupos nocturnos que ejercían su vigilancia con muy poco rigor, se sentaban adrede en un rincón alejado y se dedicaban a jugar a las cartas, con la intención manifiesta de consentir al artista del hambre un pequeño refrigerio que, según ellos, podía sacar de entre sus provisiones secretas. Nada atormentaba tanto al artista del hambre como esos guardianes; lo ponían melancólico; le dificultaban terriblemente el ayuno; a veces lograba superar su debilidad y, mientras las fuerzas se lo permitían, cantaba durante esa vigilia para hacer ver a aquella gente lo injustas que eran sus sospechas. Mas de poco le servía, pues entonces se admiraban de su habilidad para comer incluso cantando. Mucho más le gustaban los guardianes que se sentaban muy pegados a los barrotes y, no contentos con la turbia iluminación nocturna de la sala, lo alumbraban con unas linternas de bolsillo eléctricas que el empresario ponía a su disposición. La luz cegadora no lo molestaba en absoluto, dormir no podía, de todas formas, pero sí adormilarse un poco, con cualquier iluminación y a cualquier hora, incluso con la sala repleta de gente y ruido. Estaba muy dispuesto a pasar toda la noche en vela con esos guardianes; estaba dispuesto a bromear con ellos, a contarles historias sobre su vida errante y escuchar a su vez las que ellos quisieran contarle, todo eso para mantenerlos despiertos, para poder mostrarles una y otra vez que no tenía nada comestible en su jaula y que ayunaba como ninguno de ellos habría podido hacerlo. Pero el momento de mayor felicidad le llegaba con la mañana, cuando, por cuenta suya, les servían un copioso desayuno sobre el que ellos se abalanzaban con el apetito propio de hombres sanos que han pasado una noche de fatigosa vigilia. Había, por cierto, gente que pretendía ver en este desayuno un intento indebido de influir so-

bre los guardianes, pero aquello era ir demasiado lejos, y cuando se les preguntaba a esas personas si estaban dispuestas a hacerse cargo de la guardia nocturna solo por mor del asunto, sin desayuno, escurrían el bulto, aunque seguían manteniendo sus sospechas.

Esto, de todos modos, formaba parte de los recelos ya inseparables de la práctica del ayuno. Nadie, de hecho, era capaz de pasarse todos esos días y noches vigilando sin cesar al artista del hambre, de modo que nadie podía saber por experiencia propia si el ayuno era mantenido sin fallos ni interrupciones; solo el artista del hambre en persona podía saberlo, solo él podía ser al mismo tiempo el espectador plenamente satisfecho de su propio ayuno. Sin embargo, y por otro motivo, nunca estaba satisfecho; quizá no fuera el ayuno el causante de su delgadez excesiva —hasta el punto de que muchos se veían obligados, muy a su pesar, a renunciar al espectáculo porque no podían soportar su aspecto—, sino que se había adelgazado tanto solo por insatisfacción consigo mismo. Y es que solamente él sabía —solo él y ningún otro iniciado— lo fácil que era ayunar. Era la cosa más fácil del mundo. Tampoco lo ocultaba, pero no le creían, en el mejor de los casos lo consideraban modesto, aunque las más veces lo veían como un ser ávido de publicidad o incluso un farzante al que el ayuno le resultaba fácil porque sabía hacérselo fácil, y que encima tenía la desfachatez de confesarlo a medias. Tenía que aguantar todo eso, y hasta se había acostumbrado a ello con el correr de los años, pero por dentro lo seguía corroyendo esa insatisfacción, y nunca —esto hay que reconocérselo—, nunca había abandonado voluntariamente la jaula tras un período de ayuno. El empresario había fijado en cuarenta días el límite máximo de ayuno; pasado ese plazo nunca lo dejaba ayunar, ni siquiera en las grandes ciudades, y tenía sus razones. La experiencia enseñaba que durante unos cuarenta días se podía espolear cada vez más el interés de una ciudad incrementando gradualmente la publicidad, pero que luego el público fallaba y podía comprobarse una sensible disminución de la afluencia; por supuesto que había pequeñas diferencias a este respecto según las ciu-

dades y los países, pero como regla se fijaba un período máximo de cuarenta días. Y al cuadragésimo día se abría la puerta de la jaula enguinaldada de flores, un público entusiasmado llenaba el anfiteatro, una banda militar empezaba a tocar, dos médicos entraban en la jaula para proceder a las mediciones necesarias del artista del hambre, mediante un altavoz se anunciaban los resultados a la sala, y por último venían dos señoras jóvenes, felices de haber sido elegidas por sorteo para ayudar al artista a salir de la jaula, bajar unos cuantos escalones y llegar hasta una mesita donde le habían servido una comida de enfermo cuidadosamente elegida. Y en ese momento el artista del hambre se resistía siempre. Cierto es que aún ponía espontáneamente sus esqueléticos brazos en las manos que las señoras, inclinadas sobre él, le tendían dispuestas a ayudarlo, pero se negaba a levantarse. ¿Por qué parar justamente ahora, después de cuarenta días? Él hubiera podido resistir mucho más, un tiempo ilimitado; ¿por qué parar precisamente ahora, cuando estaba en el mejor momento del ayuno o, mejor dicho, ni siquiera había llegado a él? ¿Por qué querían arrebatarse la gloria de seguir ayunando, de convertirse no solo en el artista del hambre más grande de todos los tiempos —cosa que probablemente ya era—, sino de superarse a sí mismo hasta lo inconcebible, pues no sentía límite alguno para su capacidad de ayunar? ¿Por qué esa multitud que pretendía admirarlo tanto tenía tan poca paciencia con él? ¿Por qué no quería aguantar si él aguantaba seguir ayunando? Además él estaba cansado, se sentía a gusto sentado entre la paja, y de pronto tenía que incorporarse cuan largo era y llegarse hasta esa comida; solo de pensar en ella le asaltaba una sensación de náuseas que reprimía con gran dificultad por consideración a las señoras. Y alzaba la mirada hacia los ojos de esas damas al parecer tan amables, pero en verdad tan crueles, y balanceaba la cabeza excesivamente pesada para el débil cuello. Pero entonces ocurría lo de siempre. El empresario se acercaba y, mudo —el fragor de la música no permitía hablar—, alzaba los brazos sobre el artista del hambre, como invitando al cielo a contemplar allí su obra, sobre la paja, a

ese mártir digno de compasión que ciertamente era el artista, solo que en un sentido muy distinto; luego cogía al artista del hambre por la delgada cintura con una precaución exagerada, como queriendo hacer creer que tenía que vérselas con algo sumamente frágil, y lo entregaba —no sin antes sacudirlo un poco a escondidas, de suerte que los brazos y el tronco del artista oscilaban sin control de un lado para otro— a las señoras, ya mortalmente pálidas a esas alturas. Y entonces el artista del hambre lo aguantaba todo; la cabeza le caía sobre el pecho como si se hubiera enrollado y quedado allí por alguna razón inexplicable; el cuerpo estaba ahuecado; las piernas, a impulsos del instinto de autoconservación, se apretaban firmemente a la altura de las rodillas, pero rascaban el suelo como si no fuese el verdadero y ellas lo estuviesen buscando; y todo el peso del cuerpo, aunque mínimo, recaía sobre una de las damas que, buscando ayuda, con el aliento entrecortado —no se había imaginado así esa función honorífica—, estiraba al máximo el cuello para preservar al menos su cara del contacto con el artista del hambre, pero luego, al no conseguirlo, y viendo que su compañera, más afortunada, no acudía en su ayuda sino que se contentaba con llevar ante ella, temblando, la mano del artista, aquel manojito de huesos,° estallaba en llanto entre las carcajadas de satisfacción de la sala y tenía que ser relevada por un criado ya dispuesto hacía tiempo. Luego venía la comida, y el empresario hacía engullir unos cuantos bocados al artista del hambre durante un duermevela similar al desayuno, en medio de una divertida charla destinada a desviar la atención del público y evitar que este pensara en el estado del artista; en honor del público se hacía acto seguido un brindis supuestamente susurrado al empresario por el artista del hambre; la orquesta corroboraba todo con un gran toque de honor, la gente se desperdigaba, y nadie tenía derecho a sentirse descontento con lo ocurrido, nadie excepto el artista del hambre, solo él, siempre.

Así vivió muchos años, con breves períodos de descanso regulares, en medio de un aparente esplendor, respetado por el mundo, aunque presa casi siempre de un humor melancó-

lico y cada vez más sombrío porque nadie era capaz de tomárselo en serio. Además, ¿cómo consolarlo? ¿Qué podía aún desear? Si alguna vez aparecía una persona bondadosa que lo compadecía e intentaba explicarle que su tristeza se debía probablemente al hambre, podía ocurrir, sobre todo en una fase de ayuno avanzado, que el artista del hambre respondiera con un acceso de rabia y, para horror de todos, empezara a sacudir los barrotes de la jaula como un animal. Pero en estos casos el empresario tenía un castigo que le gustaba aplicar. Disculpaba al artista ante el público asistente admitiendo que solo la irritabilidad provocada por el ayuno —algo no muy fácil de comprender por personas bien alimentadas— hacía perdonable el comportamiento del artista del hambre; en ese contexto pasaba luego a hablar de la afirmación del artista, merecedora igualmente de una explicación, de que podría ayunar mucho más tiempo del que ayunaba; elogiaba la noble aspiración, la buena voluntad y la gran abnegación que esta afirmación sin duda contenía; pero luego intentaba refutarla mostrando simple y llanamente fotografías que eran puestas en venta al mismo tiempo, pues en ellas se veía al artista del hambre en el cuadragésimo día de ayuno, en su cama, casi liquidado por la consunción. Esta distorsión de la verdad que, aunque bien conocida por el artista, lograba enervarlo siempre de nuevo, era demasiado para él. ¿Se presentaba como causa algo que era consecuencia de la interrupción anticipada del ayuno! Luchar contra esa incompreensión, contra ese mundo de incompreensión era imposible. Una y otra vez, pegado a los barrotes, había escuchado ansiosamente y de buena fe al empresario, pero en cuanto aparecían las fotografías soltaba los barrotes, se dejaba caer sobre la paja, suspirando, y el público tranquilizado podía acercarse de nuevo y observarlo.

Cuando los testigos de esas escenas las recordaban años más tarde, no se comprendían muchas veces a sí mismos. Pues mientras tanto se había producido el cambio ya mencionado; ocurrió casi de improviso; puede que hubiera razones más profundas, pero ¿a quién le importaba descubrirlas? En cualquier caso, el mimado artista del hambre se vio

un buen día abandonado por la multitud ávida de diversiones, que prefería acudir en masa a otros espectáculos. El empresario recorrió una vez más media Europa con él para ver si en un lugar u otro volvía a repuntar el antiguo interés; todo fue en vano; como obedeciendo a un acuerdo secreto se había creado en todas partes una auténtica aversión contra el espectáculo del ayuno. Es evidente que en realidad ese fenómeno no podía haberse producido tan de improviso, y se empezaron a recordar entonces, con cierto retraso, una serie de presagios que, en el momento de la embriaguez del triunfo, no habían sido suficientemente atendidos ni evitados; pero ya era demasiado tarde para remediar aquello. Si bien era cierto que los buenos tiempos del ayuno volverían algún día, esto no era ningún consuelo para los vivos. ¿Qué podía hacer el artista del hambre? Él, que había sido aclamado por miles de personas, no podía exhibirse en las barracas de ferias pequeñas, y para ejercer otra profesión no solo era demasiado viejo, sino que, sobre todo, vivía entregado al ayuno con un fanatismo excesivo. Despidió, pues, al empresario, compañero de una carrera sin igual, y se hizo contratar por un gran circo; para no herir su propia susceptibilidad prefirió no mirar las condiciones del contrato.

Con su infinidad de personas, animales y aparatos que se equilibran y complementan sin cesar unos a otros, un gran circo puede utilizar a quien sea y en cualquier momento, incluso a un artista del hambre, siempre que sus pretensiones sean relativamente modestas, se entiende; además, en este caso concreto, no fue solo el artista del hambre mismo el contratado, sino también su antiguo y célebre nombre; sí, ni siquiera podía decirse, dada la especificidad de un arte cuyo ejercicio no disminuye con la edad, que un artista envejecido, que no se hallaba ya en el apogeo de sus capacidades, quisiera refugiarse en un tranquilo puesto circense; todo lo contrario, el artista del hambre aseguraba, y esto era perfectamente creíble, que seguía ayunando igual de bien que antes, sí, llegó incluso a afirmar que, si lo dejaban actuar según su voluntad —cosa que le prometieron sin chistar—, esta vez despertaría realmente un justificado asombro en el mundo,

afirmación esta que, teniendo en cuenta el cambio operado en los gustos del público, que el artista olvidaba fácilmente en su entusiasmo, solo provocaba una sonrisa entre la gente del oficio.

Pero, en el fondo, el artista del hambre no perdió de vista la realidad de la situación y consideró natural que no lo pusieran con su jaula en el centro de la pista, como número extraordinario, sino fuera, en un lugar de muy fácil acceso por lo demás, cerca de los establos. Grandes carteles de distintos colores enmarcaban la jaula, anunciando lo que podía verse en ella. Cuando, en las pausas del espectáculo, el público se agolpaba en los establos para ver a los animales, era casi inevitable que pasara junto al artista y se detuviera un momento ante él; quizá se habrían quedado más tiempo si, en el estrecho pasillo, los que venían detrás y no entendían esa parada en el camino hacia los ansiados establos no hubieran impedido una contemplación más tranquila y prolongada. Este era también el motivo por el que el artista del hambre temblaba al pensar en esas horas de visita, que por otra parte deseaba como la meta de su vida, claro está. En los primeros tiempos apenas si podía esperar los entreactos; fascinado, aguardaba a la multitud que irrumpía, hasta que muy pronto se convenció —ni siquiera el autoengaño más pertinaz y casi consciente pudo hacer frente a las experiencias— de que la intención principal de esa gente era una y otra vez, sin excepción, visitar los establos. Y esa visión a distancia seguía siendo la más hermosa. Pues en cuanto se hallaban cerca de él, al punto quedaba abrumado por el griterío y los insultos de las facciones que no paraban de formarse todo el tiempo: la de aquellos que querían verlo cómodamente —pronto se convirtió en la más penosa para él— no por comprensión, sino por capricho y testarudez, y la de quienes solo querían ir directamente a los establos. En cuanto pasaba la gran turba llegaban los rezagados, pero estos, a los que ya nada impedía detenerse allí el tiempo que quisieran, pasaban de largo a grandes zancadas, casi sin mirar de reojo, para llegar a tiempo de ver a los animales. Y no era muy frecuente el caso afortunado de que un padre de familia llega-

se con sus hijos, señalase al artista del hambre con el dedo, explicase en detalle de qué se trataba, les hablase de años pasados, en los que había asistido a exhibiciones similares, aunque incomparablemente más grandiosas,^o y los niños, debido a su insuficiente preparación en la escuela y en la vida —¿qué podían saber sobre el ayuno?—, seguían sin entender lo que ocurría; pero en el brillo de sus ojos escrutadores dejaban traslucir algo de los nuevos tiempos venideros, más clementes. Tal vez, se decía a veces el artista del hambre, todo iría un poco mejor si no lo hubieran instalado tan cerca de los establos. Elegir le resultaba así demasiado fácil a la gente, por no mencionar que las emanaciones de los establos, la inquietud nocturna de los animales, el transporte de los trozos de carne cruda para las fieras y los rugidos de estas al comer lo vejaban mucho y lo oprimían permanentemente. Sin embargo, no se atrevía a comunicarlo a la dirección;^o después de todo, debía a los animales la multitud de visitantes, entre los que de vez en cuando también podía haber uno que viniera a verlo, y quién sabe dónde lo esconderían si quisiera recordarles su existencia y, de paso, que en el fondo no era sino un obstáculo en el camino a los establos.

Un pequeño obstáculo, de todas formas, un obstáculo cada vez más pequeño. La gente se fue acostumbrando a la extravagancia de que un artista del hambre quisiera reclamar la atención en los tiempos actuales, y ese acostumbrarse acabó pronunciando sobre él la sentencia definitiva. Por más que ayunara como mejor podía —y lo hacía—, ya nada era capaz de salvarlo, la gente pasaba de largo ante su jaula. ¡Cómo explicar a alguien el arte del ayuno! A quien no lo siente no hay forma de hacérselo entender. Los hermosos carteles se volvieron sucios e ilegibles, los arrancaron, y a nadie se le ocurrió sustituirlos; la tablilla con el número de días de ayuno transcurridos, que en los primeros tiempos se renovaba cuidadosamente cada día, llevaba ya mucho tiempo siendo la misma, pues al cabo de las primeras semanas el propio personal se había hartado incluso de ese trabajo mínimo; y el artista del hambre siguió, pues, ayunando como

había soñado tiempo atrás, y lograba hacerlo sin esfuerzo, exactamente tal y como lo previera entonces, pero nadie contaba ya los días; nadie, ni siquiera el mismo artista del hambre, sabía cuán grande era ya el trabajo realizado; y su corazón se llenó de tristeza. Y cuando alguna vez, en aquel tiempo, un ocioso se detenía ante la jaula, se burlaba del antiguo número y hablaba de estafa, era esta la mentira más estúpida que hubieran podido inventar la indiferencia y la maldad innata, pues no era el artista del hambre quien engañaba —él trabajaba honestamente—, sino que el mundo lo engañaba escamoteándole su recompensa.

Pero pasaron muchos días y también esto llegó a su fin. Un vigilante reparó un día en la jaula y preguntó a los criados por qué tenían allí, sin usar y con paja podrida en su interior, esa jaula perfectamente aprovechable; nadie lo sabía, hasta que uno de ellos se acordó del artista del hambre al ver la tablilla. Removieron la paja con unas varas y encontraron en ella al artista. «¿Todavía ayunas?», preguntó el vigilante, «¿cuándo piensas dejarlo definitivamente?» «Perdonadme todos», susurró el artista del hambre; solo el vigilante, que tenía la oreja pegada a los barrotes, pudo oírlo. «Claro que sí», dijo el vigilante y se llevó el índice a la sien para sugerir al personal el estado mental del artista, «te perdonamos.» «Siempre he querido que admiraseis mi capacidad de ayuno», dijo el artista del hambre. «Y la admiramos», dijo el vigilante en tono condescendiente. «Pero no deberíais admirarla», dijo el artista. «Pues entonces no la admiraremos», dijo el vigilante, «¿por qué no deberíamos admirarla?» «Porque tengo que ayunar, no puedo evitarlo», dijo el artista. «¡Vaya, vaya!», dijo el vigilante, «¿y por qué no puedes evitarlo?» «Porque», dijo el artista del hambre alzando un poco la cabecita, con los labios estirados como para dar un beso y hablando al oído mismo del vigilante, de modo que no se perdiera nada, «porque no he podido encontrar ninguna comida que me gustara. De haberla encontrado, créeme que no habría hecho ningún alarde y me habría hartado como tú y todo el mundo.» Estas fueron

sus últimas palabras, pero en sus ojos quebrantados persistía aún la convicción firme, aunque ya no orgullosa, de que seguiría ayunando.

«¡Y ahora, limpiad todo esto!», dijo el vigilante, y enteraron al artista del hambre junto con la paja. Luego metieron en la jaula a una joven pantera. E incluso para la sensibilidad más embotada fue un alivio ver a aquella fiera revolcarse y dar vueltas en una jaula tanto tiempo vacía. No le faltaba nada. La comida que le gustaba se la traían los guardianes sin pensárselo mucho; ni siquiera parecía echar de menos la libertad; aquel cuerpo noble, provisto de todo lo necesario hasta casi reventar, parecía llevar consigo la libertad; esta parecía ocultarse en algún punto de su dentadura; y la alegría de vivir surgía con tanta intensidad de sus fauces que a los espectadores les costaba hacerle frente. Pero se dominaban, se agolpaban en torno a la jaula y luego no querían moverse del sitio.

Josefina la cantante

o El pueblo de los ratones^o

Nuestra cantante se llama Josefina. Quien no la haya oído, no conoce el poder del canto. No hay nadie a quien su canto no arrebate, lo cual se ha de estimar tanto más cuanto que nuestra raza, en general, no ama la música. Una paz silenciosa es para nosotros la música preferida; nuestra vida es difícil, y aunque hemos intentado sacudirnos de encima todas las preocupaciones cotidianas, ya no podemos elevarnos hasta cosas tan alejadas de nuestra vida habitual como la música. Pero no lo lamentamos mucho; ni siquiera llegamos a tanto; consideramos como nuestra máxima virtud cierta astucia práctica de la que, por cierto, estamos muy necesitados, y con la sonrisa propia de esa astucia solemos consolarnos de todo, aunque alguna vez —lo cual, sin embargo, no ocurre— lleguemos a aspirar a la felicidad que tal vez emane de la música. Josefina es la única excepción; ella ama la música y sabe también transmitirla; es la única; con su partida desaparecerá la música —quién sabe por cuánto tiempo— de nuestras vidas.

A menudo he reflexionado sobre lo que realmente ocurre con esa música. Si somos de todo punto amusicales, ¿cómo es que entendemos el canto de Josefina o, dado que ella niega nuestra comprensión, creemos al menos entenderlo? La respuesta más sencilla sería que la belleza de ese canto es tan grande que ni el espíritu más obtuso puede resistirse a ella; pero esta respuesta no es satisfactoria. Si de verdad fuera así, al oír ese canto deberíamos tener ante todo y siempre la sensación de algo extraordinario, la sensación de que desde esa garganta resuena algo que jamás habíamos oído antes y que tampoco somos capaces de oír, algo que solo Josefina y nadie más nos capacita para oír. Pero precisamente esto no es, a mi entender, cierto, yo no lo siento ni he notado nada